

HISTORIA DE SENSA

Mabel Collins



Mabel Collins

CONTENIDO

Capítulo I, página 3.

Capítulo II, página 12.

Capítulo III, página 17.

Capítulo IV, página 25.

Capítulo V, página 28.

CAPÍTULO PRIMERO

La historia de Sensa, mística, maravillosa y artísticamente referida en *El Idilio del Loto Blanco*, contiene tres narraciones distintas, aunque inseparables, intrínsecamente enlazadas con su naturaleza y esencia propias, como los tres pétalos de un trébol.

No pueden desglosarse, pero sí particularmente examinarse, y el contenido de cada una concierne con vital importancia a lo más hondo de la íntima naturaleza humana.

Este Idilio, una vez leído y penetrado que fuere por cualquier parte el místico velo, no habrá iniciado en ocultismo que pueda olvidarlo, porque narra su propia historia, la tragedia y la apoteosis final de su propia alma, y es por lo tanto, parte esencial de él mismo.

Como estudiante o crítico puedo transcribirlo, no en modo alguno en calidad de autor, porque simplemente lo trasladaba al papel en lengua humana mientras me lo dictaba en lenguaje universal y místico, en el estado personal conocido por los ocultistas de la India Meridional con el nombre de “Swapna”, lo que vagamente significa en los idiomas occidentales “clarividencia sonambúlica”.

Hallábame en 1878 considerablemente recargada de trabajo literario, que me retenía constantemente al escritorio, y desde la ventana del cuarto en que trabajaba veía transportar por el río el Obelisco de Cleopatra e instalarlo en el muelle.

Al propio tiempo, una soberbia procesión de hierofantes egipcios llegaba a mi cuarto por la escalera, transponía el umbral de la puerta y tomaban asiento en torno de mi mesa. Al principio pensé en una aparición de formas astrales en conexión con el Obelisco. Entretanto, como la visita misteriosa continuaba y culminaba en un máximo esfuerzo, es evidente que, en caso de que fuesen formas astrales, se hallaban animadas y dirigidas por sus egos respectivos y constituían los verdaderos *ka* de algunos sacerdotes del antiguo Egipto. Bien sabido es que, en efecto, los egipcios, de suyo religiosos, admitían que el *ka* o forma astral de la entidad espiritual podía servir a su ego para grandes fines, a condición de estar cuidadosamente preservado y protegido.

Creían también que la existencia del **ka** o forma astral tenía por objeto que sirviera de medio de información en lo tocante al plano físico a su ego en el devacán. Parecía que este era el caso, y la hora llegada de que el ego acudiese allí donde debía ejecutar su obra para suplantar a mi propio ego, y de este modo fuera de mí, yo recibía el mensaje y lo trasladaba al papel que estaba sobre la mesa, en tanto que el principio pensante de mi cerebro cesaba en su acción mientras aquello se cumplía, de manera que la historia ha pasado de la conciencia superior a la inferior, incólume y perfecta. El “ka” de los antiguos egipcios es la “forma astral” de los teósofos, el “huésped” de las sesiones espiritistas, el espíritu de todos los tiempos y de todos los países. Era considerado por los egipcios como terrestre, sombrío, ignorante y en posesión aun de los ínfimos deseos materiales del hombre. Era su propósito aprisionarlo en la tumba del cadáver, y en consecuencia se le proveía allí de entretenimiento y distracción para impedir que anduviese rondando y quizá en busca de satisfacciones menos deseables. Tenían un complicado ritual para conservarle allí, sin que fuese a desintegrarse en el plano astral. Esto en mira de que el ego en su alto asiento necesitase en lo futuro servirse de él en la tierra y viniese a buscarlo, como creían que de cuando en cuando había sucedido. Naturalmente el conocimiento de la magia y de los misterios de la otra vida atribuido a los sacerdotes era suficiente para establecer y mantener tal estado de cosas a través de los siglos. En cuanto a las formas sacerdotales que penetraron en mi estancia y tomaron asiento en torno de mi mesa antes de escribir el *Idilio del Loto Blanco*, no las vio nadie más; requeríase la “clarividencia vigílica” para percibirlos; con todo, eran pura y simplemente fantasmas de los muertos. Sin duda, el ego de un gran adepto se había impuesto la tarea de escribir el *Idilio*, y así es muy verosímil que en el momento preciso de dar principio a la obra, cuando me transportaba a un estado superior de conciencia, en aquellos fantasmas se hallaban presentes verdaderos egos o conscientes entidades espirituales.

Debe hacerse, sin embargo, una clara distinción entre estos sacerdotes y los que figuran en la obra. Los que dieron al mundo la historia de Sensa eran representantes de la gran religión espiritual (“la magia blanca”, originaria de tiempos prehistóricos), los cuales actuaban una vez más de un modo definido sobre el hombre, a cuya evolución coadyuvaban, mientras que los sacerdotes de la historia representaban los hechiceros que practicaban la “magia negra”.

Recuérdense la dignidad y espiritualidad investidas por la magia, propiamente designada por esta palabra, derivada del antiguo zendar, y que expresa simplemente los poderes y prácticas de los sabios, los magos.

Dice el profesor Walter Budge: “La creencia en la magia, en el sentido superior de esta palabra, es más antigua en Egipto que la creencia en Dios”...

“La magia egipcia data de la época en que los pobladores prehistóricos del Egipto, anteriores a las dinastías, creían que el aire y el cielo estaban poblados de seres innumerables que ya benévolos, ya impropicios, constituían la tierra, el mundo inferior y aun el hombre”.

Demuestra que el conocimiento de la magia en otros países derivó de la “Magia Blanca” y de la “Magia Negra” del Egipto antiguo, y añade: “Es imposible decir hasta qué punto las creencias y sistemas religiosos de otras naciones fueron influidos por ellos, pero no hay duda de que ciertas miras e ideas religiosas de muchas sectas ocultas y cristianas, pueden remontarse directamente hasta ellos”.

La gloria de la investigación retrospectiva estriba en mostrarnos, cómo lo más elevado que hay en nosotros y lo mejor de nuestros conocimientos tiene su origen y raíz en el misterioso pasado prehistórico de Egipto.

Una forma grande, oscura y nebulosa se levanta de la misma antigua fuente, con la incesante y eterna lucha de luz y tinieblas que desde entonces se ha sostenido siempre en el mundo y en la naturaleza individual del hombre.

Según el profesor aludido: “Para el versado en la leyenda contenida en el libro de “la casa de las dos moradas de vida”, el porvenir era tan bien conocido como el pasado y ni el tiempo ni la distancia podían limitar el alcance de sus actos. Ante él quedaban patentes y revelados los misterios “de la vida y de la muerte”. (*Walter Budge: El Mago Egipcio*). Ahora, si tal era el concepto atribuido a los magos, que predominaba entre las clases cultas del antiguo Egipto, no hay que maravillarse del lujo exuberante con que creencias y supersticiones del peor carácter florecían entre los campesinos y obreros de aquel país.

Las necesidades religiosas, dado el carácter del pueblo, obligaron a los magos, y posteriormente a los sacerdotes, a establecer ritos y ceremonias tendientes sobre todo a impresionar los sentidos. La magia degeneró en hechicería, en demonología, en brujería, y a los que la empleaban se les consideraba en pacto con el demonio, como siervos de las tinieblas y practicantes del “arte negro”. He aquí las circunstancias en que se desenvuelve la historia de Sensa, donde se ve retratada al vivo la situación del candido neófito, entre la pugna de las potencias del bien y del mal. Subha Rao, el ilustre teósofo brahmán, se expresa así acerca del *Idilio*: “Pinta realmente las creencias y prácticas religiosas de los egipcios, en una época en que la religión del país había comenzado ya a perder su pureza y degenerado en un sistema de

culto tántrico, contaminado y emponzoñado por la magia negra, sin escrúpulo practicada con miras al interés personal e inmorales propósitos”. (*Escritos Esotéricos, pág. 240. Bombay*).

Desde luego, el *Idilio* en cuestión se ofrece en la forma literaria de una página de crónica exhumada de uno de aquellos grandiosos templos del antiguo Egipto, arruinado en tiempos remotos y cuyas ruinas sepulta hoy el polvo de los siglos.

Trátase de un adolescente, de un rústico, un fellah, elegido para entrar como novicio en la vida oculta y sagrada del sacerdocio.

Cándido, inexperto, ingenuo, sobrecogido de temor ante la vocación que se le abre y la dignidad y majestad de los sacerdotes, estos le miran simplemente como un muchacho rústico e ignorante, que ya tendrá tarea bastante en lo que fuere capaz de hacer. No se ocupan de él, ni Aghmahd, el sumo sacerdote de la “deidad tenebrosa” y jefe de los magos, advierte la profunda impresión hecha en la sensibilidad del niño por su presencia y aspecto. Sin embargo, su dorada barba, su pulcro traje blanco bordado en oro con religiosas insignias, su andar acompasado, suscitan en Sensa nuevas y extrañas emociones, y le sumergen en inexplicables conjeturas. Pero, a despecho de su encanto y bellas maneras, el niño halla en él algo duro y frío, algo mediocrementemente humano, que le produce el efecto de una estatua. Aghmahd advierte la timidez del muchacho, le reanima con sus palabras y ordena que entre en la escuela. Aquí, en medio de estudiantes empalidecidos en el dificultoso estudio de los papiros, se ve tratado con desprecio por el profesor, quien no ve en el novicio sino un muchacho rústico, manifiestamente analfabeto, y en consecuencia ordena que lo lleven al jardinero, quien será capaz de proporcionarle algo que hacer. El muchacho entra entonces en un encantado sitio, donde su doble vista y clarividencia naturales le revelan la presencia de la Deidad. El espíritu de la religión verdadera se le manifiesta y él lo ve levantarse personificado en la flor sagrada. Lo contempla en plena clarividencia vigílica, pero al tratar de aproximarse, el supremo esfuerzo le rinde y se desmaya.

Al percatarse los sacerdotes de que es vidente, varía por completo su situación en el templo. Los magos negros determinan gobernarle y servirse de sus dotes para sus propios fines.

Gran necesidad tienen, en efecto, de uno que posea el don, para que sirva de médium a su tenebrosa divinidad y le permita comunicar con ellos y el pueblo. Todos los esfuerzos se dirigen a asegurarse de él para tal objeto. Sobre su cabeza ruge literalmente la batalla entre las fuerzas del bien y del

mal. Su valor es inapreciable a los ojos de Agmahd y de sus secuaces que claman por un médium, pues no hay vidente entre ellos y aunque en posesión de toda la ciencia del antiguo Egipto y de los plenos poderes que la magia confiere a sus adeptos, a menos de poseer el don psíquico, no pueden comunicar íntimamente con su guía y directora, la reina negra. Aquel don se perdió para ellos desde que, a causa de su degradación y desmedido egoísmo, no les han quedado sino farsas y subterfugios para engañar al pueblo. Hállanse, a juicio nuestro, en el caso de los charlatanes que dicen la buenaventura y de los modernos autores de milagros, que, privados de poder, se ven obligados a valerse de invenciones y mentiras para conservar el sufragio y sostenimiento de las gentes.

¡Cansado está de subterfugios el prominente colegio eclesiástico y agotada su inventiva!. La clarividencia natural descubierta en uno de los neófitos, vidente genuino, es para ellos lo que para el buscador de oro el reflejo del metal precioso. Es preciso asegurarse del niño, dominarlo, adiestrarle en el arte mediumnístico, enseñarle a escuchar la voz de la tenebrosa reina (personificación del mal, del interés personal, de la falsía), y a transmitir sus mensajes para sus siervos, solicitar y obtener la satisfacción de sus deseos. Tal es la vocación prescrita para Sensa, en cuyo ejercicio debe entrar inmediatamente. No hay tiempo que perder. Sus almas, vendidas al demonio del mal, reclaman la recompensa: el poder, la satisfacción de sus ambiciones personales, la facultad de hacer milagros, la exaltación despueblo que los sustenta. De nada de esto gozan, simplemente por carecer del sentido psíquico, porque todos están impedidos por los lazos de la materia a causa de su maldad y concupiscencia. De aquí que tan pronto cómo el jardinero les entera de la visión de Sensa procuren atraérselo.

Pero esta visión había sido la personificación del Logos, la intuición de la verdad. Antes que los magos, la Reina del Loto, la deidad de la genuina religión egipcia, había descubierto la clarividencia de Sensa, cuyo corazón se abría a la verdad, a la pureza y al amor, y con ello acataba la ley suprema. Mucho más difícil de lo que suponían, fue para los magos la empresa de subyugar a Sensa para malvados y codiciosos fines. En vez del muchacho ignorante que fuese entre sus manos plástica cera, y a quien utilizar y explotar a su sabor, se hallaron con un espíritu esclarecido, con un adalid de sus convicciones, pronto a conquistar la verdad.

Las ordenanzas a que fue sometido, las tentaciones puestas en su camino, las seducciones que se le ofrecían, eran las téticas decoraciones de la escena de aquella tragedia del alma.

La equivocación de los magos es perfectamente natural y verosímil. Es peculiar de los que pretenden grandeza personal, la incapacidad de reconocer las naturalezas superiores. Los magos que rodeaban a Sensa se hallaban de tal modo entregados a la satisfacción de sus deseos, y obcecados por el materialismo consiguiente a tal desenfreno, que habían llegado a perder de vista las leyes de la evolución y no comprendían que la clarividencia vigilica y la genuina doble vista no son posibles sino a quienes entran en una vía superior. Así se explica que habiendo calculado mal la fuerza espiritual de Sensa, hallasen una resistencia que no esperaban. Habían confiado en que bastaría la imposición de su autoridad para arrancar de él todo cuanto quisieran, y hasta hubo desde luego un momento en que las apariencias dieron visos de corroborar sus miras. Habíanle introducido en el santuario de la sombría deidad y lo que ve allí le estremece de horror. Rehúsa obedecer el mandato de la Potestad tenebrosa, y exhausto de fuerzas vuelve a caer en desmayo. Así transcurre su primer día en el templo. Los sacerdotes buscan luego el medio de desligar su alma del cuerpo, para que convertido en autómatas, se halle en estado de prestar servicio mediumnámico a la tenebrosa Majestad, y las pruebas con este intento, en las que se le ofrecen las fascinaciones y seducciones de la magia negra en los planos más sutiles de la experiencia, parecen tener en un principio probabilidad de éxito. Es así que al ofrecerle la posibilidad de satisfacer su nostalgia de libertad abandonando el cuerpo, aprovecha sin vacilar la primera oportunidad para realizarlo con absoluta inconsciencia del peligro. Pero he aquí que entonces la Reina del Loto se llega al cuerpo en éxtasis y le retorna el alma para que lo gobierne. Agmahd crea entonces una personificación del placer, que se acerca al neófito en la forma de otra persona de su edad, de una niña, toda juego y alegría.

Este fenómeno, de los más difíciles de la magia negra, da resultado al fin. Sensa sigue a su camarada de juego con natural deleite. Condúcele ella a unos floridos sotos donde juegan otros niños y allí, poseído él por el espíritu del placer, se enfrasca en los juegos. Agmahd ha vencido esta vez. Mientras vaga el alma por un mundo de infantiles quimeras, la deidad negra se apodera del cuerpo, que se halla en estado de éxtasis, se sirve de él, y lo gobierna a su antojo. *El alma* del neófito se hallaba departiendo con niños de su edad en plácido coro, en tanto que su *cuerpo*, alzado en adoración por los sacerdotes, profería por sus labios voces imperativas. Mientras este uso se hacía del cuerpo, el alma candida y festiva se hallaba feliz, transportada a un plano distinto por los poderes mágicos de Agmahd, en el mundo del sueño. Al recobrase todo había cambiado. Ya no era dueño de sí. Lo habían convertido

en médium por arte de la magia, a despecho de la Reina del Loto. Se le había hecho hablar sin que se diera cuenta, y hasta había sido adorado su cuerpo, mientras él jugaba en sueños, como templo e instrumento personal de *Avidya*. Es curiosísimo el estudio a que invitan la simultaneidad de los hechos y la alternativa en los estados de conciencia del alma.

Provocadas la ambición y la emulación en su doble conciencia arteramente por el mago negro que decide su suerte, cree salir airoso de los juegos, ser puesto a la cabeza y elevado a un trono para arengar a los que le rodean. En absoluto olvidado de su cuerpo y de las contingencias de éste en la excitación de los placeres quiméricos que se le ofrecen, “se queda al fin dormido”. Quienquiera que haya soñado con vivas apariencias de realidad y despertado repentinamente a la vida, reconocerá la propiedad de la descripción. La impresión es idéntica a la que se experimenta al quedarse dormido físicamente. Seguido por los niños y aclamado y solicitado por sus voces, penetra en el cuerpo y se encuentra rodeado de sacerdotes que le tributan adoración y a quienes acaba de hablar, sin saberlo, palabras que él mismo no habría entendido. De la turba sólo quedaba la forma creada y animada por la mente de Agmahd, la niña que lo había conducido a los quiméricos jardines y con él volvía. Ella y sus proceder se identifican con uno de los signos de aquel sacerdote, yogui muy avanzado en realidad y en primera fila en el arte de la hechicería. Tras una larga carrera, aún podría desechar las tinieblas y llegar, por medio del sufrimiento y la expiación, a ser un yogui de primer orden, pero es incapaz de ir más allá del mundo de los fenómenos. No puede salvarse de las mallas del carácter dominante de su naturaleza: el amor al poder. Si ha conquistado al joven vidente y conducídole indefenso al santuario para que sirva de médium a su maligno espíritu; si por largo tiempo ha buscado la oportunidad de entrar en directa comunicación con el poder de las tinieblas, ha sido con la determinación de asegurar el premio de sus esfuerzos, la satisfacción de su ambición sin límites. Quiere el cetro del mundo, la corona del poder absoluto. La conquista de Sensa le permite ya hacer al maligno su petición final, y se halla por ello en confrontación con el decreto supremo de la magia negra. Hasta ahora ha conservado su título a la inmortalidad y a una posible redención postrera. Pero si se obstina en retener el anhelado precio, tiene que renunciar a su herencia de hombre, ha de vender su derecho de nacimiento.

En consecuencia, examina su expediente, y después de una pausa, en que pone en juego su vasta inteligencia y la plenitud de su conciencia, pronuncia la fatal sentencia. Desde aquel momento, no será sino un

Prakritilaya, esto es, un yogui desprovisto de alma y un renegado destinado a “resolverse finalmente en naturaleza”, por carecer de espíritu que le sobreviva.

Y el niño, que le observa en el momento de tomar la decisión tremenda, ve tornarse su rostro poco a poco “más duro y más glacial que el de una estatua”.

Entretanto, se nota en Agmahd un aumento de prestigio, que desde luego se manifiesta en la perfección de la forma, privilegio de los magos, que, según Patanjali, el sabio persa, incluye: “belleza, gracia, fuerza y dureza diamantina”. Su aspecto escultural había sido ya observado por el niño desde el principio y ahora se confirmaba. Agmahd ha cedido su derecho a la inmortalidad por una existencia perecedera, durante la cual será invulnerable para los hombres, indemne a las enfermedades, incólume en todos los peligros. Tales son los seres grandes y terribles que de cuando en cuando rigen las masas que conquistan y gobiernan por un torcedor esfuerzo de voluntad, que viven como príncipes, y del mismo modo desafían la venganza y la justicia. Para otorgar a Agmahd lo que pide, el espíritu maligno exige doce “siervos jurados” para su servicio, porque hay obra para hacer y se necesitan obreros. Se exige de Agmahd que complete el número. Diez hay en el templo. Sacerdotes sedientos de placer a quienes la tenebrosa majestad se propone halagar y por ello ligarlos a su servicio. Está Kamen Baka, segundo en dignidad del templo. La diosa negra conoce sus ocultos deseos y sin tardanza quiere satisfacerlos. ¿Quién completará el número?, pregunta Agmahd, “Este niño”, responde aquélla, y determina así el destino de Sensa, convirtiendo al alegre niño, hijo feliz del sol, en “un joven melancólico, de corazón maleado, que oculta en su interior secretos” de vergüenza, horror y tristeza y que se siente esclavo.

A la terrible escena siguen inmediatamente las órdenes de la majestad sombría a Kamen Baka, quien entra en el santuario como un ciego, tanteando en la sombra, casi sin darse cuenta, pendiente del médium, despreciado por la diosa sombría, porque ve una limitación en su personalidad. El pretende al amor, a la adoración de los que les rodean, a quienes sin embargo mira con frialdad y disgusto. Su petición le será otorgada fácilmente con sólo pronunciar las palabras fatales que exige aquel paso en la pendiente. El las conoce y las pronuncia difícilmente, con el miedo peculiar del que quiere tomarlo todo, sin dar nada en cambio. Así dice: “De aquí en adelante, aunque me amen todos, yo no amaré a nadie”.

La majestad tenebrosa, conociendo que la energía del joven vidente ha llegado al extremo, ordena que descanse. En consecuencia, Agmahd lo deja

entregado a sí mismo y manda al jardinero que lo saque al jardín. Pero esta vez no lo conduce Sebuá al prado de lotos, sino en medio de las bellezas naturales que refrigeren su cerebro y despierten sus facultades artísticas. El verdadero arte, sin embargo, sólo viene de lo alto y en medio de la contemplación, y mientras su alma goza del esplendor de la vida, de pronto la Señora del Loto le visita, le declara el misterio de las aguas y le enseña a sostenerse sobre ellas; pero le faltan las fuerzas, y cae de nuevo en el dominio de la sombra. De las palabras de la diosa sólo le queda el recuerdo, pero él las conserva en su corazón como una dulce música que de cuando en cuando resuena en las oscuras regiones de su cerebro entenebrecido, a medida que pasan años de esclavitud y vergüenza, y él, preso en la red, avanza de la adolescencia a la virilidad.

Así termina el primer libro del *Idilio*.

La tormenta continúa rugiendo sobre aquella pobre alma, pero el cielo mantiene inextinta la chispa divina encendida en ella, y aunque perdido en apariencia, Sensa está predestinado a ser mago blanco.

CAPÍTULO II

El primer libro del *Idilio* describe en general la historia del neófito dotado de facultades psíquicas en los días de decadencia de la religión egipcia. Pero la continuación de la historia referida en el segundo libro, demuestra que Sensa no era sólo vidente, sino un alma elevadísima, admirablemente preparada para el adeptado. En efecto, de allí adelante se le llama hierofante, es decir, maestro. De manera que al leer la detallada descripción de las imposiciones y pruebas por que pasa, el lector debe hacerse cargo de que se trata de uno de los grandes y reconocidos iniciados de la escuela. Subha Rao, para quien el *Idilio* es probablemente una historia verídica, dice así: “Sensa se nos presenta como el último de los grandes hierofantes de Egipto. Así como un árbol, aunque haya de perecer, deja simiente para otro semejante, del mismo modo toda gran religión parece legar su vitalidad y energía a uno o más grandes adeptos destinados a preservar la ciencia que ella entraña y a continuar su propaganda en el porvenir que indique el ciclo evolutivo en el curso de su revolución para producir el anhelado fruto”. (*Escritos Esotéricos, pág. 240*).

La gran religión antigua de Chemí está destinada a reaparecer en el planeta, en forma más noble y elevada, cuando se cumpla el tiempo señalado, y no está fuera de razón suponer que el Sensa de esta historia es un gran adepto que espera el momento de llevar a cabo los designios de la “Señora del Loto blanco”; hipótesis naturalmente basada en el carácter de los ritos y en el papel de Sensa como instructor del pueblo.

El fundamento para ello está en la historia misma, aunque no es posible identificar a Sensa con adepto alguno conocido, y se haya pretendido hacerlo sólo a título de divagación. Sin embargo, la idea sugerida por Subha Rao de que el ego de Sensa quizá tenga todavía servicio que prestar a los hombres, da un vivo colorido a la esencia y agrega al ocultismo profundo de la historia un romántico carácter personal.

El Sensa cuyos torneos y batallas leemos puede considerarse como ser visible o invisible; como espíritu puro o encarnado.

Al principio del libro segundo se nos presenta el mancebo en plena virilidad, aunque joven todavía. Se le aprecia y cuida en el templo como un acólito de inestimable precio, y en los intervalos del abrumador servicio

mediumnímico a que se ve obligado, los sacerdotes jóvenes se le muestran propicios. La clarividencia vigílica que le dio conocimiento de la “Señora del Loto” en sus días de inocencia y recibió su inspiración, ha cesado al parecer de ser posible para él. Se halla demasiado entregado a la locura de una mediumnidad irresponsable, por la cual da instrucciones y enseñanzas a los sacerdotes hechiceros, sin que de nada tenga él conocimiento. No solamente necesita reposo, sino también reparar sus fuerzas vitales. En su niñez, la deidad negra le había pronosticado belleza. Dijo que de haberse consagrado a ella habría sido un gran artista, pero que su tarea era otra. Bastábale en su niñez y adolescencia verse rodeado de flores y de todo género de cosas bellas; avanzando en edad, necesitó otra cosa, y se le permitió salir del templo e ir a la ciudad en busca de placeres que restaurasen sus fuerzas. La historia nos le muestra aficionado solamente a lo bello o a placeres artísticos. No le inspiraban interés alguno los estudios y ejercicios intelectuales del templo. Su historia es la de un iniciado que hubiera evolucionado hasta trascender el plano mental. En cambio, la belleza y el arte le atraían irresistiblemente, al punto que Agmahd, conocedor de esta particularidad de su carácter, y aprovechándose de ella, había logrado dominarle al principio. Entretanto, siempre bajo la autoridad del sumo sacerdote, a sabiendas de la cadena que le ataba y de que, una vez restauradas sus fuerzas, volvería a llamársele, se le lanzaba al torbellino de pasiones y seducciones en el hervidero de la ciudad. Entonces aparece Malen, joven sacerdote que le acompaña y personaje importante de la historia, cuya relación con Sensa tiene un sentido misterioso y profundo. Malen le sugiere que salga en busca de distracción, so pena de morir de agotamiento, asegurándole que Agmahd lo permite.

Malen, pues, le acompaña y le deja en la ciudad, en compañía de una bella mujer quien no es otra que su compañera de juegos infantiles y personificación del placer. La descripción de su encuentro está hecha con propiedad maravillosa. ¿Cómo ha podido olvidarla tan completamente?

Esto es lo que Sensa se reprocha precisamente. En realidad, Malen le deja en compañía de una criatura formada por Agmahd, de una de las serpientes del traje de la Reina de tinieblas. Ya vio esta prenda de *deseo* en el maligno espíritu y le llenó de horror, que una vez desvanecido se había familiarizado con el aspecto de monstruosas formas. Y ahora se complacía en el abominable objeto que hacía amable un hechizo. Incontables horas pasaron sin que él advirtiera su error. No así Agmahd, que, a sabiendas, espiaba y aguardaba. Y cuando llegó el día solemne de la fiesta del río, entró en la ciudad del placer para seducir al vidente del templo, diciéndole simplemente:

“¡Ven!” Sensa obedeció. Su hermosa compañera en tanto había desaparecido, y habiendo el hechicero suprimido la cifra, al buscar Sensa a la primera, sólo vio en su lugar una serpiente que movía la cabeza. Ríese Agmahd de sus temores, y le asegura que aquel favorito del mal no hará daño a un siervo escogido. Entretanto, el animal silba de cólera, su mirada está atenta mientras avanza, y Sensa no puede soportar su vista en esta nueva forma desnuda de disfraz. La belleza que amaba el ingenuo vidente era la belleza intrínseca que trasciende hasta la medula. No obstante, el reposo y la distracción habían reparado sus fuerzas. Sigue, pues, a Agmahd como siervo escogido de la deidad negra, y al entrar en el templo, densa bruma le invade; pero en medio de su turbación y atolondramiento, reconoce que ha llegado la hora del gran rito. Antes de entrar en consideraciones sobre el gran rito, conviene volver al principio de la historia, con el concepto de su verdadero y trascendental sentido, aunque no ya desde un punto de vista limitado al medio ambiente del Egipto antiguo o a la vida personal de un gran adepto y sostenido del principio al fin del hilo del relato, cuyo misterio sólo descubre el estudiante después de haberse penetrado de que la tragedia del alma, tan perfectamente y con tan espléndido plan combinada, es literalmente la historia de toda alma y de todas las almas que encarnan en la tierra, y el drama sin cesar representado del principio al fin de los tiempos, en todas las razas y países, bajo todas las condiciones, y hoy como en otras épocas. Por nacimiento, el alma tiene derecho a su liberación, así como ha venido en carne, debe emerger de ella libre y purificada.

Nosotros mismos, y todos los congéneres de nuestra raza nos hallamos en un punto u otro de la senda eterna. La profunda ciencia del sánscrito nos ofrece la misma historia en el Bhagavad Gita, donde Agmahd, el alma, lucha en el campo de batalla de la naturaleza humana. En todo el Gita, la historia trascendental del alma se oculta bajo el velo de una epopeya. De un modo semejante, la misma historia va envuelta en toda la trama del *Idilio* en la tragedia del vidente. En uno como en otro caso, el sentido profundo está perfectamente determinado, sin que por ello el plan adoptado para ocultarlo a los ojos del profano, deje de ser verosímil en la antigüedad de los pueblos donde tuvieron origen el Canto y el Idilio.

El verdadero significado general de la obra, está ya declarado brevemente en el prefacio, escrito con intento idéntico al que preside en el prólogo y el relato mismo.

Dice así:

“Contienen las siguientes páginas una narración relatada en toda época y país. Es la tragedia del alma. Atraída por el deseo, elemento predominante en la naturaleza inferior del hombre, cae en el pecado; pero vuelta en sí por el sufrimiento, recurre al redentor espíritu interno en demanda de auxilio, y en el sacrificio final logra su apoteosis y derrama una bendición sobre la humanidad”.

La clave de esta interpretación del *Idilio* está en que Sensa, al pasar el umbral del templo, entra en su cuerpo físico. Desde el mismo momento, todos los hechos referidos pasan en su fuero interno; todos los actores del drama son personificaciones de cualidades o rasgos peculiares de su propia naturaleza. Cuando entra en la bulliciosa ciudad, cuando aparece entre gentes en el bote sagrado, cuando habla al pueblo a las puertas del templo, todas las escenas se suceden en su interior, porque en todos estos casos encuentra y confronta siempre una parte de sí mismo. La bella ciudadana es una forma de su propio deseo; la deidad negra en el sagrado bote es su naturaleza inferior; la Reina del Loto su naturaleza divina. La Madre universal, Isis de Egipto que conduce a las almas a sus cunas terrestres, lo lleva a las puertas del templo, desde los tranquilos dominios de lo que aún no ha nacido al mundo de los hombres, donde le despierta y aprisiona al punto cuanto ve y oye de esta nueva forma de existencia: la vida humana. La velada Madre mística pasa de la Eternidad al Tiempo para traer las almas a la tierra, y se detiene un breve instante antes de su partida, a contemplar la confusión y escuchar el balbuceo de la evolución humana.

Nada tiene que ver ella con el nacimiento físico o con la edificación del templo. En cuanto éste se halla dispuesto para recibir el alma y entrar con su ego, cumple incesante e infatigable su misión de traer al alma a las puertas y esperar hasta que la admitan y las puertas se cierren tras ella. Así es como desde un principio se nos presenta Sensa, no como un niño, sino como un adolescente, en la edad en que generalmente despierta la inteligencia, y lo que le compele a pasar los umbrales, y despierta en él los deseos y le solicita, se personifica en el sacerdote Agmahd, símbolo de la ambición.

Esta personificación de los varios rasgos de la naturaleza humana que se ve en Agmahd y sus colegas del templo, así como en los demás personajes de la historia, es natural en un escritor egipcio y característica del modo de pensar de su raza. He aquí cómo se expresa a este respecto el profesor Wiedemann, de la universidad de Bonn:

“El cuerpo del hombre durante la vida se consideraba (por los antiguos egipcios) como un campo de batalla en que espíritus buenos y malos luchaban por la hegemonía”.

Al despertar de la conciencia humana, el alma es presa desde luego de la ambición, a cuyo impulso mide la extensión de su dominio. Que la vida intelectual del hombre no tiene parte importante en la evolución del alma, está indicado por el curso de los sucesos de la historia.

Al penetrar en la bella y espaciosa sala destinada a la especulación intelectual, Sensa advierte que el maestro es corto de vista y que sus alumnos, los neófitos, no prestan a la vida real importancia ni atención alguna.

El instructor y el catecúmeno no son otros que él mismo; es él quien en parte ha laborado durante siglos en el plano mental y héchose así de más en más miope, y él también quien advierte que las nuevas declaraciones del estudio intelectual no significan en manera alguna realidades nuevas y sólo ofrecen a su investigación páginas escritas. Para él, que arde en deseos de comprender la vida, el salón espacioso y espléndido aparece vacío y desmantelado, y él pasa adelante, por orden de su propia prudencia personificada en el viejo profesor miope, a lo viviente y real. ¡Al jardín de la vida!. En este campo de su propia naturaleza, sólo puede entrar con permiso del jardinero, que ha de aparecer antes de que se abra la puerta que debe darle acceso a aquel “mundo de delicada y refrigerante gloria”. El instinto que lo conduce a la puerta, personificado en el novicio que le ha servido de guía desde su entrada en el templo, ejerce ahora una acción predominante y clama para que se le franquee la entrada.

Tres veces toca el timbre antes de que el jardinero responda a su llamada, y al fin, cuando éste viene lentamente, moviéndose entre las flores con su vestido obscuro y conviene en recibir al “nuevo alumno”, es también el instinto quien descorre el cerrojo, da salida al alma, y volviendo a su obscuridad interior, no se deja ver más. “Ven conmigo - dice el jardinero - y no temas”.

¿Quién es “este hombre extraño cuyo rostro despertaría interés en cualquier pecho humano?”.

CAPÍTULO III

La historia de Sensa, como nos dice su autor en el prefacio, es la tragedia del alma humana. En ella no se da importancia a la vida corporal ni a la vida mental del hombre. Su actuación y cumplimiento principian en el encuentro del jardinero, a tiempo en que el alma despierta y por su instinto y esfuerzo propios llega a ese misterioso jardín, dominio suyo, que se halla más allá de los muros del templo. No es el campo abierto de la naturaleza, sino el jardín o huerto del templo, patrimonio humano tanto como el templo mismo. Pero aunque sea dominio del alma, es preciso que el jardinero la guíe en medio de sus bellezas, y sin su auxilio Sensa se hubiera visto desamparado. Con demasiada frecuencia el alma permanece aprisionada en el templo, y por no recabar el auxilio del jardinero ignora la existencia del jardín.

He aquí los términos con que se expresa Subha Rao, refiriéndose al jardinero en sus *Escritos Esotéricos*:

“Sebua, el jardinero, es la *intuición*. No pueden hacer de mí un fantasma, declara Sebua, y al decir esto, el sincero rústico, verdaderamente revela su propio misterio”.

Mientras que Sensa se halla en el jardín, no recuerda siquiera que existe la ambición. Agmahd le gobierna dentro de los muros del templo, pero no en la conciencia superior, representada por el jardín. Su intuición es allí su guía y le conduce sin demora al prado sagrado de los lotos, y aquí nos hallamos en contacto inmediato con el núcleo del misterio, plenamente inmersos en la substancia de la historia. El combate ha principiado. Su propia inteligencia espiritual está en el jardín, y con su auxilio puede percibir la luz de la sabiduría, el Logos. Se nos enseña prácticamente qué es la clarividencia vigílica, así como más adelante se nos enseña qué es la mediumnidad. Con el auxilio de la intuición, Sensa se eleva a la conciencia en cuerpo espiritual (sexto principio del hombre, según la constitución séptuple del microcosmos, derivada de la filosofía brannánica).

En este estado, el ser espiritual, despierto e iluminado, se halla en aptitud de recibir la sabiduría, y Sensa, la mónada humana, se hace capaz de mantener comunicación directa con el Logos. Conducido por la intuición a casa de la Señora del Loto, deja tras sí en su camino variedad de flores, atraído siempre por el dulce murmullo de las aguas. Allí ve la Verdad divina y trata de

aproximársele; pero falto de fuerzas para realizar su intento, cae y pasa por los sucesivos planos de conciencia, hasta que, con auxilio del jardinero, logra entrar de nuevo en el templo, aunque entra por una puerta distinta de la que por donde saliera. La senda ya no es la del instinto, sino la del conocimiento.

Detengámonos ahora, pues que así lo precisa nuestro asunto, a considerar el misterioso encanto del “Prado de Lotos”.

En el cuerpo astral existen centros de vida o de conciencia que corresponden a los ganglios nerviosos del cuerpo físico. Dichos centros se designan en sánscrito con la palabra “*chakras*”, difícil de traducir en lengua occidental por un término equivalente.

Sobre esta particularidad del cuerpo astral tenemos la enseñanza de los antiguos mistagogos indos, tanto como la de los videntes de nuestros días. Un chakra es una rueda de fuego vivo, una forma de energía psíquica en cuyo ejercicio se ensaya el ego en tanto que evoluciona hacia un estado superior, y que constituye una función correspondiente del cuerpo astral. Como dice San Pablo: “Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual”. El chakra superior es el séptimo, que corresponde al cerebro, y según los yoguis, es asiento de la vida y la conciencia que deben preceder necesariamente a la iluminación. Llamase específicamente en sánscrito “Sahasrava Chakram”, que significa centro del loto de mil pétalos, y es lo que Sebua llama “casa de Nuestra Señora del Loto”. En su exposición del *Idilio del Loto Blanco*, Subba Rao llama especialmente la atención sobre el significado atribuido por él al Prado de Lotos en el jardín. Dice así: “En los escritos místicos de la India se habla con frecuencia del Sahasrava Chakram cerebral bajo el emblema de un estanque de lotos en cuyas murmurantes aguas (amrita o néctar padma) florece el Loto Blanco de mil pétalos, que son los del Sahasravam de los yoguis. En el mortal ordinario es un capullo, y exactamente como el loto abre sus pétalos y despliega toda su belleza cuando el sol naciente sobre el horizonte envía sus rayos a la flor, así también el Sahasravam del neófito se abre y extiende cuando el Logos comienza a verter su luz en su centro. Una vez plenamente abierto, es el glorioso asiento de la Señora del Loto, sexto principio del hombre; y sentada sobre esta flor, la sublime Deidad vierte las aguas de vida y gracia para regalo y regeneración del alma”. (*Escritos Esotéricos. Véase también: Los Centros de Fuerza, por el Sr. Leadbeater*).

Más todavía, llega a decir que los sectarios del Yoga Hatha, creen que en el trance extático llamado samadhi, el alma puede alcanzar esta floración multipétala o miliaria y lanzar una ojeada al esplendor del Sol Espiritual. Pero este esfuerzo íntimo y profundo como el que más, no se lleva a efecto por la

simple concentración o en el éxtasis ordinario, sino por medio del sushumna (o *dath* de los cabalistas), que requiere grandes conocimientos y esfuerzos físicos y psíquicos. El método del Yoga Hatha es para quienes profundamente arraigados en la materialidad, necesitan dominar su cuerpo antes de pretender el dominio del principio pensante. Muchos son al presente los secuaces del Yoga Hatha, pero desgraciadamente no todos se hallan dispuestos a llevar a cabo estudios para beber en su fuente de origen la plenitud de la doctrina. Las prácticas parciales y rudimentarias derivadas de ella, sin su conocimiento íntegro y armónico, constituyen un grave peligro para quienes las intentan.

Sin la comprensión y preparación debidas, la “concentración” es el mayor peligro. El adepto al Yoga Hatha que se halle resuelto a seguir este método con éxito, ha de consagrar a lo menos veinte años al dominio de su cuerpo antes de pasar adelante.

Es el camino más largo para llegar a lo insondable. El Yoga de Patanjali comienza por dominar la mente, el principio pensante, dando por sentado que el cuerpo está sujeto a dicho principio.

Está admitido por los escritores antiguos que la iluminación instantánea se puede tener por intuición. Y en Sensa tenemos ejemplo de un alma que, ora haya tratado de alcanzar la sapiencia por el fatigoso medio de Hatha Yoga o por el más noble de Patanjali, los ha dejado atrás a los dos. Cree absolutamente en la verdad absoluta, y guiado por la intuición, es capaz de elevarse en un vuelo de inspiración al estanque sagrado, facultad perceptiva despertada en el estado espiritual, y en un momento de fruición suprema contemplar en toda su plenitud la divina sabiduría.

He aquí ya el punto en que se necesita la doctrina exuberante y capital de *La Luz en el Sendero*. El neófito puede conjurar lo más trágico de la vida del alma matando la ambición, que profundamente la degrada. Sensa no lo sabe. La ambición es el incentivo del esfuerzo para el común de los hombres, y le ha puesto á él en el sendero. Porque la aspiración al ocultismo es la ambición más elevada a que puede pretender el hombre. Y Sensa, que ya está en el camino, que es capaz de iluminaciones repentinas, no ha comprendido que ha de dominar su naturaleza inferior antes de entrar libremente en el ejercicio de su naturaleza superior. En consecuencia, en vez de dominar la ambición, le domina. Instintos sin nombre, creaciones e instrumentos de la ambición, le abaten y le oprimen. La intuición es inútil aquí. Sebuá exclama:

“¡Habéis visto!. ¡Sois maestro de hombres!” y le da así la mano para hacerle descender a su naturaleza inferior, para provocar las ansias de la ambición.

Es ésta una lección profunda y dura de aprender para el neófito, que ignora que para enseñar es preciso haber aprendido, y se figura que basta una ojeada a la sabiduría para ser maestro y halla luego que la intuición no le presta toda la ayuda que esperaba. Por su falta de conocimiento cae en esta gran tentación, y se convierte en instrumento de su ambición. En todo tiempo hay quienes están dominados tan completamente por la codicia, que no vuelven a ver a la Señora del Loto. Empéñase el combate. ¿Cuál será la suerte de Sensa?.

La ambición, por sí sola, no es tentadora hasta el grado de apoderarse del alma y poseerla después de haber tenido aquélla tan reciente visión de la Deidad suprema. Y he aquí por qué al regresar Sensa del jardín y comparecer ante el sumo sacerdote, éste no le habla directa y personalmente. Antes bien, en cuanto ve la extraña semblanza de la interior iluminación del alma, va en busca de su gran aliado Kamen Baka, a quien llama hermano. Ahora bien; del plan de la historia se colige naturalmente que Kamen Baka es la verdadera personificación del *deseo* del corazón humano.

Todos los vicios de la naturaleza humana, así exaltados, tienden ansiosa y determinadamente a dominar la naturaleza superior y a poner su supremo don perceptivo al servicio de la satisfacción de aquéllos. Efectos son éstos, en ciertas naturalezas, de la ambición fría y desalentadora que pretende el poder o la supremacía. Pero no es este el caso del alma cuya historia seguimos, y que, evolucionada en alto grado, anhela lo bello, aun en los placeres. De aquí que el deseo personificado en Kamen Baka reciba consulta de Agmahd quien merced a la lucha conserva su puesto de rector entre los sacerdotes, y Kamen Baka, llamado por él su “hermano”, se halla, no obstante, bajo su sujeción.

Alma ésta de elevada cultura, es símbolo de la ambición en los deseos, y no persigue grosera o vulgar satisfacción.

Los bajos instintos, en la persona de los sacerdotes jóvenes, esperan a Sensa, le ofrecen refrigerio y le preparan, en cuanto está a su alcance, para el supremo esfuerzo.

Porque Kamen Baka aconseja que conduzcan desde luego al vidente a la presencia del Deseo (*Avidya “el aspecto tenebroso de la naturaleza humana”, Subba Rao, “La primera y última ilusión”. Sabiduría Antigua*) porque para él es fuente directa de inspiración y vida.

Agmahd se deja guiar por su consejo y da reposo al alma.

Después, el alma despierta en la espantosa obscuridad del templo, y se halla rodeada por una densa nube de seres animados sólo por el deseo y ansiosos de apoderarse de su inapreciable don con egoístas fines. Y mientras

el misterio y la infinita complejidad de su naturaleza solicitan vida y satisfacción, cae en las garras de la turba feroz que, muda y colérica, le compele a adelantarse hacia la puerta del íntimo santuario de su ser, el espantoso y obscuro santo de los santos. El círculo de sacerdotes que al despertar rodeaba su lecho, se estrecha ahora en su torno, mientras él, obediente al mandato de Agmahd, se adelanta y sigue impotente su camino. Porque, no solamente en torno suyo, sino hasta donde él alcanza a ver, se estrecha en todas direcciones la turba que le oprime. ¿No es éste el cuadro vivo del despertar de la pubertad en uno y otro sexo?. El ser, agitado por la tempestad, se yergue para pedir a la efímera vida cuanto puede dar de sí, y la divina chispa va de aquí para allá en medio de sus brumas. El horizonte, el mundo exterior, piérdese de vista a causa de la turbulenta y creciente violencia de aquellos elementos extraordinarios que van a resolverse en existencia humana. Al pasar al santuario interior, le llega a Sensa un vislumbre del mundo exterior que le produce el efecto de la vista de un viejo amigo.

Preso en el microcosmos, espía el instante de su vuelo fugaz al macrocosmos, antes de que se sumerja en lo más recóndito de la lóbrega tumba a que desciende.

No está vencido aún: su alma impoluta y la visión primera del flameante fuego del Deseo le alarma y envilece; y se ve en el estado en que se encuentra y se llena de horror. Ordénale el Deseo que entre solo en el santuario. ¡No puede, no lo hará!. Colérico muéstrale el Deseo su faz y él se estremece de ira y de horror, cae en la inconsciencia y por segunda vez desfallece. Prepotente también ha sido el esfuerzo de esta segunda vez. En la primera, el esfuerzo le agotó al intentar llegar al Logos, a la luz. En la segunda le extenúa lo que flota con siniestro fulgor en el lóbrego fondo de aquel antro innoble de su ser.

Esta es, más o menos definida, la crisis que en la vida cada cual en sí mismo experimenta, y la que bien conoce todo el que alguna vez haya tenido ocasión de observar el cambio en otros cuando la pubertad transpone la linde que la separa de la edad viril. Es un período crítico, en que el individuo presa de viva agitación, se halla exclusivamente atento al conflicto interior de las fuerzas de su naturaleza, que actúan en direcciones opuestas. Se explica la lucha del bien y del mal en los opuestos campos de la vida, entre los hombres y los pueblos. Pero el que la lucha se halle empeñada en los estrechos límites del propio corazón, es un suceso que no puede menos de producir sorpresa.

Sin embargo, lo cierto es que el microcosmos reproduce al macrocosmos en todos sus pormenores, y el Deseo, deidad negra y potente

que se adivina ya en el fragor de las batallas, se manifiesta en el tenebroso santuario de la naturaleza inferior.

Aquella visión había dejado a Sensa casi sin vida, desamparado y emocionado.

Al grito de terror que al volver de su desmayo le arranca el recuerdo de lo que viera, el sacerdote que lo acompaña (y que representa su mentalidad superior) acude con agua fresca y alumbra el aposento. E inmediatamente comienza a exhortarle con insistencia a que nada tema, asegúrale que sus temores provienen de su poca experiencia y que el honor de contemplar a su señora todopoderosa, es bastante para hacer desmayar a un hombre. Este sacerdote es evidentemente emisario de Agmahd, porque su discurso está manifiestamente aprendido y recitado como una lección. Insta al joven a que no se muestre rebelde a la visión, sino que sepa apreciar el honor que le ha cabido en suerte, y sobre todo a no temer. Los argumentos aducidos por el sacerdote recuerdan los que el apremiante deseo y los instintos naturales ofrecen al alma horrorizada a la primera insinuación del mal. “Sin duda, el mundo y cuanto hay en él, no tienen otro objeto que el placer del alma. ¿No es, pues, cobardía temblar de lo naturalmente espontáneo que arrastra y conduce a todos los hombres?”. No hallando respuesta el alma a este argumento, busca, rendida y aterrorizada, el apoyo de la intuición, pide ayuda a Sebua.

Regocijado Sensa con la idea de penetrar en el bello y maravilloso jardín de su alma, espera pacientemente a que el jardinero acuda a conducirlo. La luz natural es más propia para el ejercicio de la intuición que las tinieblas. Precisamente la luz, la vida y la belleza son los elementos de su actividad. En la hora misteriosa del crepúsculo está mejor dispuesta y afinada, y es preciso esperar a los primeros rayos evanescentes para que se repose el espíritu y adquiera la intuición toda la fuerza que aquél requiere.

En la lúgubre estancia en que el espíritu gestiona, Sensa, frío y desalentado por el discurso del sacerdote, oye que éste llama “humano y amable”, a Sebua, que parece rústico y tosco. ¿Quién dejará de reconocer en esta descripción las veladas de tedio y abatimiento en que con la venida del alba, vuelven el valor y la esperanza, y son lote común de la experiencia humana en el mundo físico?.

Póstrase Sebua con humildad ante el niño privilegiado, quien le pide que le explique su horror a la vista de la espantosa visión del deseo. Sebua, sin cuidarse de responder a sus preguntas, le lleva entre las flores, y allí, una vez repuesto de sus temores, le muestra el sol que se levanta de más en más

magnífico, a despecho de las tinieblas y sus horrores. Luego conduce a Sensa, sin que éste se dé cuenta, al estanque de lotos y le pregunta si ve a la diosa.

Inquieta a Sensa, medroso todavía, el temor de ver aún la expresión cruel del obscuro semblante del Deseo. Al levantar los ojos, ve de nuevo a la Señora de la Flor de Loto, y comprende que una vez más llega a sus dominios guiado por la intuición. Incítale Sebua a que le hable, y cae de rodillas en espera de que quizá vaya por fin a ocurrir el fausto acontecimiento de comunicarse abiertamente con la divinidad.

De nuevo intenta Sensa aproximarse a la visión, y sostenido por Sebua se acerca al estanque cuyas aguas superfluyen y llega a tocar la orla del traje flotante de la diosa. En vano pretende ver su rostro, porque irradia luz y no puede contemplarlo a causa de su brillo. El resplandor del Logos le ciega.

“¿Madre, y las tinieblas?”.

Tal es la pregunta que en toda época el alma se formula a sí misma, cuando, elevada a mayores alturas, inquiere atemorizada la manera de luchar con su debilidad. Y he aquí plenamente expresada en palabras la sublime doctrina dada por el mismo Logos en todos los siglos y enseñada siempre por los verdaderos filósofos y místicos:

“La obscuridad no ha de arredrarnos; antes bien, debemos triunfar de ella y obligarla a replegarse en la misma medida en que para el alma avanza y se confirma el reino de la luz”.

Si la obscuridad de su inferior naturaleza no debe arredrar al hombre, no habrá ya cosa alguna que abata o alarme, porque la íntima obscuridad del “Santuario del Templo” es substancialmente la del infierno. La Reina del Loto explica al vidente cómo el Santuario íntimo del Templo, reclusión de la luz solar, debe estar iluminado por la del espíritu. Si no lo está, es por la “ceguedad de los sacerdotes”, esto es, por los vicios de la naturaleza humana que, provenientes de las tinieblas (*Tamas*), se nutren de su propia prole y resisten a la luz.

Los sacerdotes, ayudados de su prole de pérfidos y tenebrosos pensamientos, se hallaban siempre dispuestos a extinguir la luz del espíritu.

Sensa volvió doliente de la altura a que había ascendido, y Sebua permaneció retraído y desanimado. La Ambición y el Deseo, en la persona de los dos sacerdotes colocados a cada lado, hicieron comprender a Sensa que su puesto estaba entre ellos.

De este modo Sensa, guardado y conducido por aquellas dos pasiones dominantes de la naturaleza humana, abandona el campo espiritual de la luz y de la vida, para volver a pasar los lúgubres umbrales del Templo. Es su

reclusión. Entra en cautividad. Habrá resistencia, rebeldía reprimida y pusilánime, relámpagos de lucidez, pero hasta el día de su final ordenación, Sensa se vera cautivo de los vicios de su naturaleza inferior.

CAPÍTULO IV

La ambición prevalece, reduce la Intuición al silencio y no le permite aproximarse al alma. En efecto, recluido Sensa en el santuario bajo la guarda y vigilancia de los numerosos sacerdotes y novicios, esto es, de sus instintos inferiores, le están prohibidas la entrada en el jardín y la entrevista con el jardinero. Al entrar en la edad viril, la vida se complica, es indispensable el éxito en las empresas, que se mide con el patrón mundano bajo la influencia abrumadora de multitud de bajos instintos. La sabiduría y el espiritualismo puro no tienen utilidad alguna para el que apetece recompensa. Después de haber tratado el alma de elevarse, merced a un poderoso esfuerzo de intuición, a las alturas cuyo acceso le pertenece de derecho, pero incapaz de hallar el estanque de lotos, Sebua arranca un capullo de la flor de Sabiduría y envía un emisario para que se lo entregue a Sensa en su prisión, donde se halla bajo la custodia de quienes debieron obedecerle, como un rey pudiera hallarse recluido en un palacio por la voluntad de sus subditos.

Sensa recibe con sumo placer el obsequio, acaricia la flor “como si en ella aspirase el aliento de un ser querido”, y la oculta ansioso a la mirada ajena. En posesión de su tesoro, Sensa cobra ánimo para explicarse plenamente con Agmahd, a quien le dice que no puede soportar por largo tiempo el entorpecimiento y reclusión solitaria en el templo. Al hablar así observa Sensa, que cinco años más tarde no osará usar de la misma libertad con el sacerdote Agmahd. Cinco años más tarde, será esclavo de la ambición, como tantos otros poderosos de la tierra, que obedecen sin vacilar cuanto la ambición les dicta, y Sensa no tardará en pasar por experiencia semejante, si bien todavía la ambición no lo ha eclipsado todo para él. Todavía queda algo en el universo que excita sus deseos y que no es objeto de la codicia humana. Así se explica su manera francamente categórica respecto de Agmahd, quien conocedor del poder latente en el alma humana, sin aparentar en modo alguno enojo en su respuesta, opta por apelar a una tentación violenta, que todos hallamos inevitablemente en el curso de nuestra peregrinación, y como Sensa tropieza prematuramente con ella, teme que le falten fuerzas para afrontar el peligro y la Señora del Loto acude a socorrerle. En efecto, Agmahd le pone delante un libro cuya lectura le libraré en adelante de toda ansiedad. Sensa obedece. Lee las páginas de aquel libro titulado “Artes y Poderes de la

Magia”, y al punto se le presenta la tentación personificada, y le ofrece la libertad, la satisfacción de todo deseo, y salir de allí es el deseo de Sensa. “¡Ven, sígueme!” le dice el enlutado.

“¡No! - replica Sensa - los jefes me han aprisionado, y si me sorprenden en fuga me castigarán”.

En tales circunstancias, Sensa simboliza el joven de talento natural que da sus primeros pasos en la vida. La ambición exige que ocupe un alto puesto en el mundo. ¿Lo preferirá a ser el vidente desinteresado de la verdad despreciado de las gentes?. Sensa no ignora que si abandona su puesto le aguarda el desprecio de sí mismo, el remordimiento. Pero el tentador le dice imperiosamente: “¡Ven y no mires atrás!”. Nunca se halló en momento de mayor peligro. La obediencia al tentador implicaba la muerte del alma. Pero su naturaleza superior le compele a que mire hacia atrás y prevea las consecuencias de su intento, y la adorable Señora del Loto se ofrece a sus miradas. Oye su voz que lo llama y retiene. Por fin exclama: “¡Madre! ¡Obedezco!”. Así se salva.

Subba Rao dice al tratar de la realidad de la muerte del alma y de la suerte final que reserva la magia negra:

“El alma puede ponerse *en relación* con entidades o espíritus elementales invocándolos o evocándolos, concentrando la atención con propósito nigromántico y de culto tántrico. En este caso, transfiere su personalidad a tal o cual entidad de aquellas, como si fuera absorbido por ella. El mago vive en aquel ser y como tal continúa hasta el fin de Manvántara”. (*Escritos Esotéricos, pág. 247*).

Funesto destino de que se ve librado Sensa, gracias al sexto principio de su naturaleza, que penetra en el santuario donde se halla aprisionada el alma y la llama para apartarla de su abstracción en la “abominable escritura”. Sensa se ve en su prisión enteramente solo, abandonado por su incitador y aun por su naturaleza superior. Obligado a soportar su aislamiento y a hallarse consigo mismo, busca la flor de la sabiduría, que “languidece”.

Sin embargo, se acoge a ella y la esconde en su pecho. Esta fiel devoción a la flor de la verdad, le da fuerzas para soportar la prueba subsiguiente, en la que Agmahd le conduce vendado de ojos al santo de los santos y le ordena que mire a la divinidad del Deseo. Pero al fijar atrevido su mirada en la espantosa oscuridad, temeroso de que surja la horrible visión, se le aparece la gloriosa Señora del Loto, que le calma, le conforta y le manda que se dé por salvado, no obstante hallarse en “la fortaleza del vicio y la falsía”. Y entonces pronuncia su hermosísima exhortación.

El alma fatigada se entrega al reposo. Y el ambicioso triunfo de aquel soberano esfuerzo se resume en esta palabra: “Vanidad”.

CAPÍTULO V

El gravísimo peligro de que se ha librado el alma no será el último. Nuevas tentaciones, más sutiles y profundas, la asedian todavía. Sale de Escila, pero le espera Caribdis.

Tal es el orden prescrito a la marcha segura pero terrible del progreso. Se sale de una hondonada, para caer en otra más profunda. Al despertar Sensa del sueño en que disfrutara la calma del reposo, tiene en la mano un capullo de la flor de sabiduría. Se complace en admirarla; se deleita en la contemplación de su perfecta belleza. Invaden su alma el contento y la fe, y en esta actitud de ánimo, pasa a otro estado que determinan el contento y la fe.

Una niña menor que él “radiante como los rayos del Sol” entra en su encierro, se apodera de la flor y sacude el rocío que baña los pétalos.

¡Hasta en el mismo solio de la inmortalidad se verá el hombre tentado y traicionado por sus potencias!

Para los adeptos de la India, aquella niña simboliza daiva-prakriti, la mente superior del hombre, que se alegra de su perpetua juventud y poder. El capullo arrancado a la planta de la verdad, es un peligro para Sensa como para toda alma adelantada en su evolución; y Subba Rao, hablando en una de sus conferencias sobre la “niña del *Idilio*”, observa que daiva-prakriti se identifica con una niña en los escritos de la India, y que la propiedad peculiar del “poder proteico” es superior al daiva-prakriti, y en consecuencia, toda alma humana debe llegar a ser esposa de Krishna. La niña en cuestión es el alma humana en el plano de gloria y delicias con el que está relacionado Sensa, y en realidad no es otra que el mismo Sensa, en un nuevo estado, bajo distinta forma, en nueva conciencia. Aquí conviene recordar su origen y nacionalidad egipcios. Dice el profesor Wiedemann que, en los escritos egipcios, “las tiendas o partes del alma se consideran como seres enteramente independientes”, y hace de ellas la siguiente enumeración:

El “**Ka**” - (comúnmente llamado “doble etéreo”).- “**Osiris**” (doble inmortal) (*El profesor Wiedemann dice que Osiris se emplea unas veces en el sentido de Doble Inmortal, y otras en el de “Ka” o doble etéreo.* “**Khu**” (el “perfecto resplandeciente”).- “**Ba**” (ave con cabeza humana que regresa del amenti para visitar las momias, según la escatología del antiguo Egipto), y tres otras formas específicas del alma, designadas respectivamente con los

nombres de **“Sahu”**, que lleva la envoltura de la momia; **“Khabit”**, en forma de abanico y que proyecta sombra, y **“Sekhem”** (“forma reverenda”), que es el ser espiritual transfigurado y sutilizado. Estas tres últimas pertenecen a la naturaleza superior del hombre cuyas funciones no puede describir la palabra. Este concepto de una séptuple alma, o formas específicas del alma, cuya acción se desarrolla en diferentes planos de conciencia, todos inherentes a la forma física, o sea el Templo, y todas empeñadas en coadyuvar a la evolución del ego, debe tenerse presente al estudiar la historia de Sensa.

Cuando la niñita ha cumplido su misión de hacer de Sensa un hombre mundano, aparece de nuevo el joven sacerdote Malen en el concepto siempre de doble aspecto, o doble personalidad de Sensa.

La referida niña es sierva favorita de Agmahd y conduce a Sensa a sitios de indecibles placeres, y lo lanza a juegos en que aventaja a los camaradas y **“gana todos los premios”**. La ambición es el incentivo del alma en la conciencia mundanal, y de los sitios de corrupción en que los placeres pervierten el alma, no vuelve sin percatarse de que ya no es un agente libre en el plano de la vida humana. Ha cedido a la ambición e implícitamente quiere y debe obedecerla. Los placeres mentales son la recompensa, porque la niñita le advierte que en sus juegos se hallará a menudo con niños, y que en lo sucesivo vivirá entre flores de plantas que extraen sus jugos de la tierra, y ya no arrancará capullos de loto del estanque místico.

Encuentra el castigo al advertir que profiere palabras sin sentido para el alma, porque se dirigen exclusivamente a la naturaleza inferior. Lo inspirado por la deidad del Deseo, recibe el tributo con que le honran sacerdotes magníficos. Ya no tiene “la cabeza imbuida de locuras”, como dijera Agmahd, pero se halla bajo la influencia de lo escrito en las páginas del libro del Deseo y su manera de discurrir satisface y contenta a los sacerdotes que le escuchan. Todos se inclinan ante él, y los novicios le ofrecen alimento de rodillas. Inmediato a su morada, un césped cuajado de flores la embalsama y embellece, y halagan la vista y el olfato los ramos de flores que le envían para satisfacer su gusto favorito. Entretanto, Agmahd permanece silencioso en el recinto cuyas cortinas separan al joven vidente de los demás sacerdotes, pero su presencia no suscita ya los temblores de Sensa, quien se halla, en cambio, satisfecho y contento con la aprobación del severo jerarca, quien no tarda en retirarse, y aparece la muchacha, que debe conducir a Sensa a la gran iniciación. Únicamente la muchacha es capaz de ello, y Agmahd, que no lo ignora, la deja entregada a sus funciones, entretanto que llama al colegio de

sacerdotes para que tomen parte en la ceremonia y preparen el lecho cubierto de rosas y orlado de flores.

La niña principia por inducir a Sensa a que juegue a la pelota con ella, para que así él olvide sus temores. Ábrese la puerta del Santuario, a la que se dirige Sensa conducido por su bella compañera, que lo lleva a la presencia de la tenebrosa deidad (Avidya) y logra Sensa sobreponerse a sus temores, aun cuando aquélla se aleja. Queda solo con la personificación de las tinieblas de la naturaleza humana. Al aproximarse a la diosa por mandato de la misma, advierte que está vestida de un vivido ropaje, bordado de serpientes con los anillos enlazados y la confusión y el espanto invaden su alma. Sus temores provocan la sarcástica risa de la diosa, quien desvanece su ropaje y pone la mano en la frente del vidente, que se halla libre definitivamente de sus temores. Torna a ver el vivido vestido de la diosa y las serpientes que reptan sobre el cuerpo y llegan a la cabeza y sin embargo, ya no le causa terror. En una de aquellas horribles serpientes reconoce de manera indudable a su alegre compañera de juego, quien, al entrar él en presencia de la diosa, ha desaparecido para ir a ocupar su sitio en el traje de la misma. Aquella niña es daiva-prakriti, idéntica a la bella cortesana y son su propia mente, y forman parte de la vestidura viviente de la tenebrosa realeza. Es el alma humana que cubre de un velo y de una ropa viviente y arbitrariamente multiforme la presencia augusta de sus propias tinieblas.

Extenuado Sensa por la dura prueba, y para precaver las consecuencias de un esfuerzo excesivo, necesita el beneficio del baño y la frescura del jardín para reparar sus fuerzas; de esto se encarga Sebuga, con permiso de Agmahd. Sin embargo, no debe Sebuga llevar a Sensa al estanque de lotos, porque a causa de la mudanza experimentada, no podrá aproximarse a la flor mística, ni llegarse al agua lustral, y habrá de buscar en el fluido astral el refrigerio y el reposo que le permiten sus momentos de libertad. Entretanto, la diosa de la verdad se ofrece a su vista para enseñarle que las aguas en que se halla manan del estanque sagrado, y que podrá sin riesgo sostenerse sobre ellas a voluntad, de pie o de rodillas, con sólo dirigirse al Logos y pedirle auxilio.

¡Con qué perfección se adapta esta doctrina a los que, satisfechos con el goce de los placeres que les ofrece la vida astral, los consideran como dones genuinos o propios del espíritu, y a quienes tarde o temprano acude a levantar la Dama del Loto, como lo hiciera en el caso de Sensa, a pesar de que sabe que se hallan próximos a abandonarla!. No tanto, sin embargo, para que ella lo permita. Así andando el tiempo, su dulce voz resuena profundamente en la obscuridad del cerebro y rememora la plegaria: “arroja una luz nueva en la

extraviada senda de mi vida”. Porque Sensa es efectivamente un hombre mundano y su alma se halla bajo el influjo de dos pasiones dominantes: la Ambición y el Deseo. Sin más compañía que la de aquella infantil belleza mundana, que personifica su propio pensamiento, se sacia de los más variados y exquisitos placeres y se halla sumamente feliz. Pero entretanto que Agmahd da las órdenes para la gran ceremonia, su bella amiga cambia su forma por la de una de las sierpes del Deseo, y de nuevo Sensa se encuentra solo.

Todo lo que se refiere a las iniciaciones se halla expuesto veladamente en los escritos esotéricos, y lo propio acontece en el drama místico, o divina tragedia. Ya sabemos que el iniciado, tan pronto contempla la faz oscura de Avidya como lo deslumbra el resplandor del Logos. Son pruebas éstas por las cuales pasa Sensa y que él describe expresamente. Sucumbe en la primera y se convierte en intérprete y mensajero de Avidya.

Pero fortalecido por el Logos, cuya luz viera, lo liberta un desesperado esfuerzo' hecho en el curso de la última y más dura prueba. La ambición le había hecho inhumano y la concupiscencia egoísta, pero le es posible realizar un postrer esfuerzo a costa de la vida, y Sensa muere en la lucha. El fatídico **Tú** le saca de su cuerpo y éste perece. El templo en que viviera está demolido. Estos dos últimos pertenecen al quíntuple dominio, en que el alma efectúa su metamorfosis y experimenta nuevas transformaciones en dicho dominio, al separarse del alma. La naturaleza humana se halla solidarizada con el universo físico por medio de cinco “*tattvas*”, que son elementos de ella, tanto como del medio en que vive.

A juzgar por la mentalidad de los egipcios, parece claro que el cuerpo mortal de Sensa es la personalidad degradada hasta el punto de ser destinada al sacrificio. El autor de la historia declara explícitamente que ésta es la historia del alma. Isis es madre del alma de los hombres, pero no de su cuerpo. Llegada la hora de la tremenda y última prueba se afirma la naturaleza superior de Sensa. Entra en el santo de los santos, donde se halla en presencia de la verdadera Reina, y una vez allí, desecha su personalidad execrada. “¡Yo soy la percepción, - exclama, - el alma inmortal!” y por mandato de la “Reina y madre” pasa a nueva vida.

Acá y allá contempla dispersas las chispas de la vida. La ambición lanza una postrera llamarada y vuela a alimentarse en otra parte, en tanto que Malen queda como alma mortal. Descripción es ésta que encierra un grande y profundo misterio. Los nombres usados en el *Idilio del Loto Blanco* son de origen hebreo, pertenecen a las lenguas arábica y aramaica y sustentan ideas que ayudan a explicar la índole de los personajes. Malen tiene allí la acepción

de lugar de refugio, de retiro o de restablecimiento. Malen ha guiado a Sensa a la ciudad para recrearse y cobrar ánimo. Parece como si fuese una persona interior o ánima que lo hubiese llevado a un verdadero lugar de refrigerio o restauración. Pero Malen no cumple bien su misión, y conduce extraviadamente al alma. En consecuencia, Malen debe cesar de existir. Pero Sensa tiene facultad para incorporarse en la forma abandonada por Malen y servirse de ella. Pudiera creerse que éste hubiera sido el “doble” inmortal de Sensa, porque bajo su forma, el “Yo”, el Ego que refiere la historia, es capaz desde luego de vivir, cambiar de forma y resucitar, pues dice: “me reconozco al través de los siglos que pasan”; pero no da a entender que ingrese en templo alguno o en cuerpo físico en el largo transcurso de los siglos. Y parece evidente que nunca reencarna porque declara que su madre no le reconocería en su nueva forma. Entretanto, sufre una severa expiación y experimenta, o más bien, lamenta una gran pérdida, resultado del terrible conflicto porque ha pasado, en que se han desvanecido muchos de sus elementos vitales. Pero la Reina materna le insta a levantarse en su nueva forma, en la cual se halla todavía fuerte para caminar entre los hombres, aunque no sea como uno de ellos. Sobreviviente a la prueba, pertenece a la Reina materna, que lo reclama y le da por misión influir en el corazón de los hombres en el curso de los tiempos. Pronostícale, además, que vivirá para enseñar la verdad “en la nueva forma o templo que se levantará en el porvenir” transfiguración del “perfecto resplandeciente”, que será su templo glorificado cuando logre la liberación.

Debe recordarse que los egipcios sostenían que las varias entidades, almas o formas que entran en la constitución del hombre, necesitan reunirse antes de que el hombre transfigurado encarne en el nuevo templo. La Reina dice que la forma de Malen permanece pura e intacta a pesar de la pérdida del alma. Malen conduce a Sensa a la ciudad y le deja en ella, en tanto que responde por él a la ambición, con la seña de cierta joya, que es uno de los atavíos del deseo. Sensa, traicionado su guía, no permanece en la ciudad del placer. El ego puede tomar esa forma. Parece ser la enseñanza esotérica de esta enigmática parte de la historia que el alma de Malen tiene que incorporarse o encarnarse, resucitar y purificarse, antes de construir el nuevo templo.